

INSPECTORIA SALESIANA

«Santo Domingo Savio»

CORDOBA (España)



Córdoba, 1 de Septiembre de 1.975

Queridos Hermanos:

Con profundo dolor, y aún bajo los efectos de la misteriosa realidad que le ha tocado vivir a nuestra Comunidad !inspectoria!, os comunico la muerte de nuestro querido Hermano, el joven sacerdote

Francisco Portero Castellano

a consecuencia de un accidente de circulación, en las cercanías de Antequera, el día 15 de julio p.p.

Volvía de Torre del Mar (Málaga), donde, en unión de sus padres había celebrado su fiesta onomástica el día anterior, festividad de San Francisco Solano, y viajaba con ellos hacia Córdoba donde se encontraba en la actualidad trabajando en el Cursillo de recuperación organizado por nuestro Colegio de San Francisco de Sales. En una de las numerosas y peligrosas curvas, se estrelló con un camión que venía de frente, perdiendo la vida en el acto nuestro hermano y su madre. El padre, aunque con fracturas y magullamiento general, se recupera, gracias a Dios, del infortunado accidente.

Avisados nuestros Hermanos de la Casa de Antequera, inmediatamente se pusieron en contacto con los familiares de don Francisco, logrando que en las últimas horas del día 15 fueran trasladados a Montilla sus restos mortales y los de su madre, doña Concha.

Al día siguiente, festividad de Nuestra Señora del Carmen, tuvo lugar el funeral de corpore insepulto en la Parroquia de San Francisco Solano a la que pertenece la familia. Fue concelebrado por treinta y cinco sacerdotes: salesianos, el clero de la ciudad y algún Padre de la Compañía de Jesús. Seguidamente sus restos mortales fueron inhumados en el panteón familiar del cementerio montillano, donde aguardan el día de la plena glorificación.

Don Francisco Portero Castellano nació en la ciudad de Montilla el día 10 de marzo de 1943, tercer hijo de una familia profundamente cristiana y profundamente salesiana. Fue alumno de nuestro Colegio, donde cursó el Bachillerato elemental y de donde marchó a San José del Valle (Cádiz) para hacer el Noviciado el Curso 1959-60. Al terminar los estudios de Filosofía, fue destinado a la Casa de Las Palmas de Gran Canaria para realizar el trienio práctico. Allí mismo emitió su Profesión Perpetua el año 1966 marchando seguidamente a Sanlúcar la Mayor (Sevilla) para iniciar los estudios de Teología. Fue ordenado sacerdote en Granada, el 1 de enero de 1971.

Inmediatamente después de su Ordenación, comenzó en Córdoba los primeros años de estudios de Ciencias Biológicas, mientras formaba parte de la Comunidad apostólica del Colegio Mayor San Rafael. El pasado curso debió trasladarse, por exigencias académicas, a la Facultad de Ciencias de Sevilla, realizando brillantemente su cuarto curso de Biológicas, mientras colaboraba pastoralmente en la Universidad Laboral regentada por los salesianos en la capital hispalense.

Estos son, a grandes rasgos, los datos biográficos de este Hermano que se disponía a dar cima a su carrera universitaria, con la enorme ilusión, según me confesaba en una conversación íntima, pocos días antes de su muerte, de tener en sus manos un instrumento más con el que poderse dedicar a la formación integral de la juventud de nuestra Zona.

Permitidme ahora que, con la posibilidad que me ofrece el haber sido confidente muy íntimo suyo durante cuatro años (dos de ellos cuando iniciaba sus estudios de Teología...), esboce brevemente algunos rasgos de su personalidad para nuestra común edificación y estímulo.

— En primer lugar, yo describiría su figura moral diciendo que fue un hombre proyectado al futuro que, como salesiano y como sacerdote, se realizó fundamentalmente en esperanza...

Efectivamente, los 15 años de su vida salesiana los empleó, casi en su totalidad, en «prepararse» para la misión apostólica que todos —él el primero—, nos prometíamos largamente fecunda gracias a sus excelentes cualidades de mente y de corazón. ¡Pero los designios de Dios eran misteriosamente otros!

— En segundo lugar, me parece poder sintetizar su joven personalidad en estos tres rasgos fundamentales: Autenticidad, Espíritu de servicio, Inquietud interior.

1.—Ante todo, Paco Portero (este era el nombre con que familiarmente todos le hemos conocido y tratado), aparecía como un hombre auténtico: es decir, un hombre coincidente consigo mismo.

Esta autenticidad tenía una raíz que podríamos llamar sicológica y otra de origen epangélico.

Sicológicamente y por temperamento, fue un hombre interiormente muy sencillo y noble hasta la ingenuidad. La nobleza y profundidad de sus ojos al mirar, eran la expresión de un alma que todo lo creía, todo lo esperaba, todo le conmovía, todo le suscitaba un hondo sentimiento de admiración e interés. Tuvo, en este sentido, unos ojos limpios y por eso toda su persona fue lúcida.

Su opción por Cristo, por otra parte, hacía que el Evangelio fuera el punto de partida, la perspectiva central en que se colocaba en el quehacer de cada día, en el

enfoque de los problemas; el criterio según el cual juzgaba a los hombres, los acontecimientos y las cosas.

Esta autenticidad radical, le llevaba a un constante amor a la Verdad. La verdad buscada en la vida, en los estudios, en los comportamientos. Tuvo una sensibilidad particularmente despierta —y ésto le proporcionó alguna situación enojosa y hasta dolorosa en su corta existencia sacerdotal—, para detectar y denunciar las incoherencias de una mentalidad y planteamiento de vida realmente paganos, en abierta contradicción con un comportamiento exterior religioso y cristiano. Amó la verdad sin componendas, sin tergiversaciones, sin camuflajes: la verdad pura, descarnada, sin adherencias, en su más puro ser; el «sí sí, no no» del Evangelio.

Como otro aspecto complementario de esta misma autenticidad, amó apasionadamente la Justicia: la justicia como primera forma de convivencia humana, y la justicia social como dimensión esencial de la Fe cristiana.

El ambiente universitario en que se desenvolvió en estos últimos años, le sensibilizó de forma muy particular en este campo, al tiempo que le ofreció ocasión de convertirse él mismo, en un sensibilizador del ambiente juvenil con el que estaba en íntimo contacto.

Leía con ojo atento, siempre desde el Evangelio, los acontecimientos que nos traen en abundancia cada día los distintos medios de comunicación social, y se preparaba con verdadera preocupación para acometer su entrega plena a la juventud, al servicio de una auténtica Educación liberadora.

2.—Un segundo rasgo de su personalidad fue el espíritu de servicio.

Sus amigos más íntimos ponen de relieve unanimemente esta nota que lo define como algo muy particular: «cuando se le pedía un favor, no descansaba hasta realizarlo aún en sus últimas consecuencias».

El espíritu de servicio resumía para él lo más íntimo de su ser salesiano. A través de este espíritu de servicio entendió que se haría «cada vez más salesiano».

Para Paco Portero ser salesiano era servir a los jóvenes de forma muy concreta y real, y desde una actitud de amistad y cercanía. Su lema educativo fue «compartir»: compartir penas y alegrías; compartir preocupaciones y triunfos; compartir anhelos y esperanzas; compartir la mesa y el estudio; compartir lo que era y lo que tenía...

Buena prueba de cómo captaron sus compañeros universitarios este generoso espíritu de servicio, esta amistad leal y sincera, esta cercanía con todos y cada uno, es el hecho de haberlo elegido unánimemente Delegado de Curso, los tres años pasados en el Colegio Universitario de Córdoba.

Dentro de esta actitud de servicio, quiero consignar su preferencia abierta y real por los jóvenes que más nos necesitan. Lo testimonia su ofrecimiento anual para trabajar durante todo el verano con los jóvenes internos de la Residencia Juvenil Domingo Savio, dependiente de la Diputación de Jaén. Estos muchachos encontraron en Paco al amigo comprensivo y exigente al mismo tiempo; al Asistente sacrificado y preventivo; al Educador constantemente preocupado por su formación integral.

3.—Finalmente, el tercer rasgo de su personalidad, que incluye en sí una rica gama de sentimientos, vivencias y actitudes, es la inquietud.

Paco Portero fue un hombre inquieto. Su inquietud le llevó a amar y asumir plenamente y responsablemente las líneas de Renovación trazadas por el Vaticano II y aplicadas

a nuestro ambiente salesiano por el Capítulo General Especial.

Sin intemperancias ni impaciencias esterilizantes, sin falsa ingenuidad y sin escépticismo, amó y creyó en la Renovación de la Iglesia y de la Congregación.

En conversaciones íntimas con él, me puso reiteradamente de relieve su deseo y su propósito de ser uno de los hombres que, con su vida antes que con sus palabras, con sus gestos antes que con sus discursos, impulsaran la Renovación exigida por la Congregación. Su temperamento impresionable y sencillo, le llevaba a acoger con todo el entusiasmo de su corazón joven, las líneas de fuerza que nos ha trazado el CGE, para una puesta al día de la Congregación.

Sufría cuando constataba que tal vez la Congregación no caminaba, en el proceso de la Renovación, con el ritmo que él hubiera querido o imaginado. Y sufría justamente porque amaba muy seriamente a la Congregación. Desde la carta que escribió pidiendo la admisión al Noviciado, hasta aquella con la que pidió el Presbiterio, pasando por la de los Votos perpetuos, se ve una constante: «el propósito de hacerse cada vez más salesiano»; «la voluntad firme de permanecer por toda la vida en la Congregación»; «el deseo ardiente de ser siempre fiel a la Congregación...».

Evidentemente, su amor a la Congregación se fue haciendo cada vez más adulto y, por consiguiente, más realista, viviendo las enormes posibilidades espirituales y apostólicas de la Congregación, al mismo tiempo que palpando y aceptando las inevitables limitaciones provenientes de las personas. Pero todo este proceso, de progresiva maduración vocacional, estuvo sostenido por un factor invariable en su vida: su entrega sin reservas a una Congregación a la que había comenzado a amar desde pequeño en el seno de su propia salesianísima familia.

No quiero poner punto final a estas notas, sin dar testimonio de algo que me ha impresionado siempre en su vida y que me atrevo a afirmar que constituía el motor de toda su dinámica vocacional: su vida interior.

Repasando los informes de su Admisión sea a los Votos religiosos, sea a las Ordenes sagradas, llama la atención un epíteto que aparece reiteradamente en los mismos con gran ponderación: ¡«Piadoso»!

Ciertamente su piedad sufrió una transformación; pero me atrevo a decir que «en mejor»: es decir, en la dirección de profundizar seriamente el triple sentido de la paternidad divina, de la filiación adoptiva y de la consiguiente fraternidad universal.

Recordando palabras del CGE, podríamos asegurar que Paco fue hermano y servidor de todos, precisamente por sentirse profundamente hijo del mismo Padre común (cfr. 529). Su hondo sentido de la filiación adoptiva era la raíz y el motivo más profundo de su actitud sacerdotal cercana y comprometida, de su universalización en el trato con los jóvenes, sin hacer acepción de personas a causa de sus actitudes religiosas o ideológicas, aunque sí con una clara preferencia por los más necesitados.

Queridos Hermanos, termino pidiendo al Señor que el misterioso sacrificio de esta vida joven, nos obtenga de su bondad abundancia de Vocaciones auténticas para un mayor y mejor servicio a la que tanto amó nuestro querido Paco.

Nuestra Comunidad inspectorial cordobesa y los familiares de nuestro desaparecido hermano, os agradecemos una Oración por su eterno descanso y el de su recordada madre.

Pedid también por vuestro afmo. en Cristo,

Antonio María CALERO
Inspector